Plaza pública
para la edición del 5 de diciembre de 1995

Salinas ficcionista

Miguel Ángel Granados Chapa

Infectado por la moda de literatura sobre el poder chorreante de sangre y pus que inunda las librerías, el ex presidente Carlos Salinas ha escrito una breve obra de ficción política en que él mismo es el protagonista. Debe abonársele su coherencia. Es, en efecto, congruente consigo mismo, pues si creó la economía ficción sobre la base de múltiples engaños e ilusiones, no tiene por qué describir y analizar la situación en torno suyo sobre bases reales, que incluyan la autocrítica, ese ejercicio tan penoso y lejano para las mentalidades autoritarias.

El texto de ocho cuartillas enviado ya muy tarde el domingo a los medios de información reclama un análisis pormenorizado, que emprenderemos hoy y en los días siguientes. El comunicado se divide en seis capítulos, dedicados a explicar por qué hace hoy uso de la palabra, a trazar un panorama de la crisis y de los intereses en juego, a defender su política económica, a exonerarse de cualquier implicación en el homicidio de Luis Donaldo Colosio, a mentir de nuevo respecto de su ignorancia sobre los negocios de su hermano Raúl y a pretender achicar la zona social y política donde se genera la impugnación que con tanta fuerza se ha suscitado en contra suya.

En ese capítulo, el sexto y último, radica el cogollo de la actitud de Salinas. Busca por un lado hurtar el cuerpo a los cuestionamientos referidos específicamente a él, haciendo creer que se ataca al modelo de país que impulsó, que es el modelo neoliberal (que él insiste en llamar de liberalismo social) y que se sintetiza en una apertura económica indiscriminada y en una retracción del Estado (y de su política social) en aras de la privatización y una economía donde las reglas del mercado dicten qué y quiénes deben producir y consumir. Es decir, trata de poner de su lado a quienes se favorecieron de su visión y sus prácticas políticas y económicas, blandiendo el espantajo de un estatismo populista que estaría en espera de asaltar el poder.

Ese razonamiento lo lleva a un terreno pedregoso, que consiste en ubicar ese intento en un grupo encabezado por el ex presidente Luis Echeverría. La habilidad de Salinas puede producir buenos frutos respecto de su posición, pues el desprestigio de Echeverría no se ha atenuado al punto de hacerlo un personaje neutro. Todavía encarna, a los ojos de vastos sectores de la población, algunos de los peores vicios del sistema político mexicano. Al invocar su fantasma, Salinas quiere poner de su lado a los adversarios y enemigos de Echeverría. Pasa por alto, sin embargo, la sensatez de los ciudadanos en general, que por un lado perciben las enormes semejanzas entre uno y otro ex mandatarios, que son "de los mesmos, aunque anden divididos". Y, por otro lado olvida que la mayor parte de los ciudadanos no tienen por qué elegir entre uno de esos

extremos: se puede perfectamente aceptar que Echeverría hubiera urdido un plan de ataque contra Salinas, sin por eso tener que exonerar a este de toda culpa. Y es que si Echeverría conspira contra Salinas, es porque tiene tela de dónde cortar.

Es verdad, como lo puntualiza Salinas, que Porfirio Muñoz Ledo, Augusto Gómez Villanueva e Ignacio Ovalle fueron colaboradores inmediatos del presidente Echeverría. Pero lo fueron igualmente Raúl Salinas y Carlos mismo, si bien en posiciones menos relevantes, como director y subdirector generales, pues todos han sido y son parte de un sistema que amalgama intereses. Pero Gómez Villanueva contó entre los principales defensores del cuestionado triunfo electoral de Salinas en 1988 y Ovalle fue nada menos que el director general de Conasupo en dos años del sexenio salinista. De modo que si se les debe atribuir alguna militancia en torno a figuas presidenciales, ambos la repartieron en su momento en esos dos polos. Y, en sentido contrario, no se reduce al ambiente echeverrísta la impugnación a Salinas. Rigurosamente hablando, no fue Gómez Villanueva quien encabezó la petición de diputados por expulsar del PRI al ex presidente Salinas, sino Samuel Palma, uno de los más cercanos colaboradores y amigos de Luis Donaldo Colosio. Tampoco se puede reducir a ese espacio, el inspirado por el ex presidente Echeverría, el cuestionamiento que ha cobrado forma de denuncia para impulsar un juicio político contra Salinas, que nace del cardenismo y del PRD en particular.

Cuauhtémoc Cárdenas, el más antiguo, congruente y veraz crítico de Salinas, carece de motivos para formar parte de una conjura encabezada por Echeverría. Cuando éste fue presidente de la República, desoyó la demanda de sectores michoacanos que deseaban postular a Cárdenas como candidato a gobernador de Michoacán en 1974. Cuando Echeverría hizo gobernador a un miembro de su gabinete, Cárdenas no ahorró la expresión abierta y pública de su inconformidad con el método empleado para la designación, pues él había propuesto uno de selección democrática. Samuel del Villar, a quien puede atribuirse la autoría del vasto documento denunciatorio, está muy lejos de una vinculación con Echeverría. Antes bien, contó entre los agraviados (como miembro del cuerpo directivo del Excélsior de Julio Scherer) por el autoritarismo echeverriano, tan semejante en fondo y forma al practicado por Salinas.

No se atrevió Salinas a mencionar por su nombre a Fernando Gutiérrez Barrios, a quien alude como aliado de Echeverría. Se refiere a él al recordar a quienes colaboraron durante 18 años en la Dirección Federal de Seguridad. Al omitir una mención directa, Salinas cree posible que se olvide que Gutiérrez Barrios fue secretario de Gobernación durante cuatro años bajo sus órdenes, y antes fue uno de sus partidarios más entusiastas y eficaces. Habrá que esperar, ciertamente por eso, una respuesta del ex gobernador de Veracruz.

Salinas se engaña, o pretende engañar, con el sofisma de que sólo un sector de intereses ilegítimos

afectados lo ha puesto en cuestión. Se puede probar que no es así.

indicaciones para la edición

1) Sumario

Congruente consigo mismo, pues como creador de la economía ficcción sólo puede esperarse que haga también política ficción, el ex Presidente de la República finge que el impugnado no es él, sino el modelo que él alentó, para hacerse de aliados en su defensa.

2) Recuadro (con foto de Carlos Salinas)

El ex presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari, razona con sofismas, en un extenso comunicado de ocho cuartillas, sobre algunos de los pincipales señalamientos en su contra.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Salinas ficcionista

Carlos Salinas es congruente consigo mismo, pues si creó la economía ficción sobre la base de múltiples engaños e ilusiones, no tiene por qué describir y analizar la situación en torno suyo sobre bases reales, que incluyan la autocrítica, ese ejercicio tan penoso y lejano para las mentalidades autoritarias.

INFECTADO POR LA MODA DE LITERATURA SOBRE el poder chorreante de sangre y pus que inunda las librerías, el ex presidente Carlos Salinas ha escrito una breve obra de ficción política en que él mismo es el protagonista. Debe abonársele su coherencia. Es, en efecto, congruente consigo mismo, pues si creó la economía ficción sobre la base de múltiples engaños e ilusiones, no tiene por qué describir y analizar la situación en torno suyo sobre bases reales, que incluyan la autocrítica, ese ejercicio tan penoso y lejano para las mentalidades autoritarias.

El texto de ocho cuartillas enviado ya muy tarde el domingo a los medios de información reclama un análisis pormenorizado, que emprenderemos hoy y en los días siguientes. El comunicado se divide en seis capítulos, dedicados a explicar por qué hace hoy uso de la palabra, a trazar un panorama de la crisis y de los intereses en juego, a defender su política económica, a exonerarse de cualquier implicación en el homicidio de Luis Donaldo Colosio, a mentir de nuevo respecto de su ignorancia sobre los negocios de su hermano Raúl y a pretender achicar la zona social y política donde se genera la impugnación que con tanta fuerza se ha suscitado en contra suya.

En ese capítulo, el sexto y último, radica el cogollo de la actitud de Salinas. Busca por un lado hurtar el cuerpo a los cuestionamientos referidos específicamente a él, haciendo creer que se ataca al modelo de país que impulsó, que es el modelo neoliberal (que él insiste en llamar de liberalismo social) y que se sintetiza en una apertura económica indiscriminada y en una retracción del Estado (y de su política social) en aras de la privatización y una economía donde las reglas del mercado dicten qué y quiénes deben producir y consumir. Es decir, trata de poner de su lado a quienes se favorecieron de su visión y sus prácticas políticas y económicas, blandiendo el espantajo de un estatismo populista que estaría en espera de asaltar el poder.

Ese razonamiento lo lleva a un terreno pedregoso, que consiste en ubicar ese intento en un grupo encabezado por el ex presidente Luis Echeverría. La habilidad de Salinas puede producir buenos frutos respecto de su posición, pues el desprestigio de Echeverría no se ha atenuado al punto de hacerlo un personaje neutro. Todavía encarna, a los ojos de vastos sectores de la población, algunos de los peores vicios del sistema político mexicano. Al invocar su fantasma, Salinas quiere poner de su lado a los adversarios y enemigos de Echeverría. Pasa por alto, sin embargo, la sensatez de los ciudadanos en general, que por un lado perciben las enormes semejanzas entre uno y otro ex mandatarios, que son "de los mesmos, aunque anden divididos". Y, por otro lado olvida que la mayor parte de los ciudadanos no tienen por qué elegir entre uno de esos extremos: se puede perfectamente aceptar que Echeverría hubiera urdido un plan de ataque contra Salinas, sin por eso tener que exonerar a este de toda culpa. Y es que si Echeverría conspira contra Salinas, es porque tiene tela de dónde cortar.

Es verdad, como lo puntualiza Salinas, que Porfirio Muñoz Ledo, Augusto Gómez Villanueva e Ignacio Ovalle fueron colaboradores inmediatos del presidente Echeverría. Pero lo fueron igualmente Raúl Salinas y Carlos mismo, si bien en posiciones menos relevantes, como director y subdirector generales, pues todos han sido y son parte de un sistema que amalgama intereses. A su vez, Augusto Gómez Villanueva contó entre los principales defensores del cuestionado triunfo electoral de Salinas en 1988 y Ovalle fue nada menos que el director general de Conasupo en dos años del sexenio salinista. De modo que si se les debe atribuir alguna militancia en torno a figuras presidenciales, ambos la repartieron en su momento en esos dos polos. Y, en sentido contrario, no se reduce al ambiente echeverrista la impugnación a Salinas. Rigurosamente hablando, no fue Gómez Villanueva quien encabezó la petición de diputados por expulsar del PRI al ex presidente Salinas, sino Samuel Palma, uno de los más cercanos colaboradores y amigos de Luis Donaldo Colosio. Tampoco se puede reducir a ese espacio, el inspirado por el ex presidente Echeverría, el cuestionamiento que ha cobrado forma de denuncia para impulsar un juicio político contra Salinas, que nace del cardenismo y del PRD en particular.

Cuauhtémoc Cárdenas, el más antiguo, congruente y veraz crítico de Salinas, carece de motivos para formar parte de una conjura encabezada por Echeverría. Cuando éste fue presidente de la República, desoyó la demanda de sectores michoacanos que deseaban postular a Cárdenas como candidato a gobernador en 1974. Cuando Echeverría hizo gobernador a un miembro de su gabinete, Cárdenas no ahorró la expresión abierta y pública de su inconformidad con el método empleado para la designación, pues él había propuesto uno de selección democrática. Samuel del Villar, a quien puede atribuirse la autoría del vasto documento denunciatorio, está muy lejos de una vinculación con Echeverría. Antes bien, contó entre los agraviados (como miembro del cuerpo directivo del *Excélsior* de Julio Sherer) por el autoritarismo echeverriano, tan semejante en fondo y forma al practicado por Salinas.

No se atrevió Salinas a mencionar por su nombre a Fernando Gutiérrez Barrios, a quien alude como aliado de Echeverría. Se refiere a él al recordar a quienes colaboraron durante 18 años en la Dirección Federal de Seguridad. Al omitir una mención directa, Salinas cree posible que se olvide que Gutiérrez Barrios fue secretario de Gobernación durante cuatro años bajo sus órdenes, y antes fue uno de sus partidarios más entusiastas y eficaces. Habrá que esperar, ciertamente por eso, una respuesta del ex gobernador de Veracruz.

Salinas se engaña, o pretende engañar, con el sofisma de que sólo un sector de intereses ilegítimos afectados lo ha puesto en cuestión. Se puede probar que no es así.